

LITURGIA Y VIDA²

Al comenzar este artículo, el autor pone de relieve el problema que plantea el hecho de que, aunque la gran mayoría de los fieles (en Francia 82-88%) aprueba y desea la reforma litúrgica, no ha encontrado aún sin embargo, la solución para relacionar esa vida litúrgica con su vida cotidiana.

El problema es serio. El P. Mougeot intenta analizarlo en tres afirmaciones:

1°- La preocupación por establecer una relación entre la acción litúrgica y la vida es, bajo ciertos aspectos, relativamente reciente. Porque sólo recientemente la gran mayoría de los fieles ha llegado a tomar conciencia de esa relación liturgia vida. Es una gracia, pero implica serias exigencias.

2°- La expresión "Liturgia y vida" agrupa un cierto número de preocupaciones, actuales tales como la necesidad de verdad, de autenticidad en los hechos, de unidad de vida, de evolución social y sobre todo, porque son preocupaciones señaladas por los textos conciliares (S.L. 48; G.S 37; M.V.P. 14, etc.).

3°- De hecho, entre las exigencias contemporáneas -que pueden invocar también los textos conciliares- y la realidad vivida, existe un desequilibrio. Algunas de las causas que lo provocan: el modo de la celebración, distintos niveles de fe en los fieles, necesidad de ajustar nuestra mentalidad a una visión justa del concepto de liturgia, inadaptación de ciertos símbolos y textos litúrgicos aún en uso.

En las páginas que seguirán, el autor analiza algunos de estos problemas.

I. Algunas reflexiones sobre la celebración litúrgica

1. *La liturgia es una "celebración"*

La palabra está de moda. Encubre una realidad. Si tuviera que traducirla por otra palabra, no diría: "La celebración es una ceremonia, un rito" sino "la celebración es una fiesta". Una verdadera liturgia debe ser festiva; es un momento de fiesta. "Hoy es fiesta en honor de Yahvé" según el título de una obra del P. Maertens.

¿Qué es una fiesta? por ejemplo ¿Cuáles son las características comunes de un meeting político, de una fiesta familiar, de un aniversario político? Hay -según parece- varios elementos comunes: a) un pueblo que se reúne; b) un acontecimiento que es ocasión de la reunión y que será el centro de la fiesta; se celebra el éxito de un examen, las vendimias, un nacimiento; c) una acción en la que ocurre algo: 1° hay continuidad con la vida cotidiana y sin embargo, ruptura; 2° hay expresión de un alma común a través de signos, de ritos (codificados o no); 3° hay toma de conciencia de una nueva cualidad de la existencia que se ha realizado en la fiesta.

Pensemos en una fiesta familiar, por ejemplo, la fiesta de la Maestra de Novicias. Todas las novicias están allí, idénticas a los demás días y sin embargo, diferentes (lenguaje, relaciones con la Maestra, actuación, etc.): continuidad y ruptura. El acontecimiento ha sido esperado, preparado. Crea un alma común que se expresa por signos, (cantos, aplausos, gritos, oraciones,

² Extractado del artículo "*Liturgia y Vida*" del P. Mougeot publicado en la Revista "Forma Gregis". Primer trimestre 1969. Traducido por: Sor María Irene Chibitat, osb. Abadía de Sta. Escolástica (Victoria. Bs. As. Argentina).

comidas, flores, etc.). Cada cual se reconoce a sí mismo y sin embargo se encuentra diferente: se ha vivido, se ha percibido una cierta densidad de vida, un acrecentamiento de vida. Dom Casel definía así la fiesta: “Reunión solemne de una comunidad en la que ésta se reconoce a sí misma en su ser más íntimo (lo que yo llamo toma de conciencia del alma común) y obtiene de esa conciencia de sí misma un acrecentamiento de vida”.

También la liturgia es una fiesta. Recordemos la cena de Emaús: al comienzo, dos discípulos encerrados en su desaliento, luego aparece el desconocido que entabla conversación, descubre el sentido de las Escrituras, se queda con ellos, se hace reconocer a través del signo de la Palabra y de la oración del pan. Estalla el gozo y la celebración hace de ellos misioneros. Más tarde, en 382, los mártires de Abitinia (Túnez) declaran: “No podemos vivir sin celebrar el día del Señor”. ¿Qué querían decir? El acontecimiento de la resurrección del Señor era para ellos el acontecimiento central. Ese día, el día del Señor, recobraban conciencia de su vocación de pueblo elegido entre las naciones, de pueblo adquirido por la Sangre de Cristo, de pueblo resucitado con Cristo. Recobraban conciencia de la presencia de Cristo y de lo que los unía, así como de su misión en el mundo. Y todo eso se realizaba en la acción de la asamblea, en derredor de la Palabra y de la Eucaristía. En la fe, se sentían partícipes del acontecimiento que celebraban y percibían en esa celebración vivida en la fe una novedad de existencia en Cristo y en la Iglesia.

2. La celebración litúrgica es una fiesta original

a) El pueblo que celebra la liturgia es un pueblo abigarrado, diverso por la raza, el carácter, las responsabilidades, la clase social, el pecado, etc. Si en ciertas liturgias los cristianos están unidos por lazos sociales, edades semejantes, temperamentos concordes, idénticas opciones políticas, la inserción en tal medio o tal pueblo, todo eso tiene su importancia. Pero en definitiva, lo que constituye la raíz del alma común de los cristianos que celebran la liturgia, es su relación con Jesucristo Salvador, quien da a esos lazos humanos un significado nuevo.

b) El Pueblo de Dios que celebra, es ante todo un Pueblo nacido de Dios por la acción del Espíritu, por la Palabra y por los Sacramentos recibidos en la Iglesia. La iniciativa litúrgica está siempre prevenida e inspirada por una anterior iniciativa de Dios que salva en Jesucristo en el Espíritu Santo por la Palabra y los Sacramentos de la Iglesia. El Pueblo que celebra es ante todo un pueblo que acoge a Dios, su Palabra y sus dones, por la fe, y el Dios que él acoge no es solamente (ni ante todo) Creador y Providencia, sino Salvador en Jesucristo su Hijo. En esto, la liturgia cristiana difiere radicalmente de las “liturgias” de las religiones naturales. En éstas los hombres tratan por sus esfuerzos de alcanzar a Dios por diversas formas de sacralidad. En la liturgia cristiana, es Dios quien busca al hombre, y el esfuerzo del hombre consiste ante todo en abrirse a Dios. Y toda la liturgia, toda oración, tiene al Dios de Jesucristo, al Dios que interviene en la historia, como primer interlocutor, tratando de establecer un diálogo entre Dios y su pueblo (S.L. 33).

c) La liturgia cristiana está especificada por la persona de Jesucristo y su obra; pero hay que añadir enseguida: su persona y su obra atañen a nuestra vida. La dificultad proviene a menudo de que cuesta descubrir el papel y la presencia de Cristo y de su obra en la liturgia, o de ver en qué nos atañen.

d) Si la liturgia es una fiesta ¿Qué es lo que celebramos? ¿Cuál es el acontecimiento o el hecho central de la celebración? A esta pregunta encontramos respuestas de formulación variada, por ejemplo: “Celebramos a Jesucristo”, “En el centro de la celebración está nuestra vida”. Y los que dan estas dos clases de respuestas tienen dificultad para dialogar.

Si la liturgia es una fiesta, es siempre en relación con el Dios que salva hoy en Jesucristo. Celebramos tal o cual aspecto del misterio de Cristo (no sólo de su persona, sino de su obra de

salvación), no sólo como un acontecimiento del pasado, sino como algo que tiene valor, significado y fuerza de salvación para nosotros, hoy (S.L. 7, 33), para nuestra vida concreta, nuestro trabajo, la creación: “Hodie Christus natus est nobis”. “Hoy Cristo ha nacido para nosotros”, cantamos en Navidad; es algo distinto de enternecerse con el pequeño Jesús...

Y si la vida cristiana puede ser objeto de celebración, lo es en tanto cuanto es leída a la luz de Cristo, o en tanto es transformada (o por transformar) por la acción de Cristo y de su obra pascual. En su significado y en su transformación profundas, que derivan de la pascua de Cristo, la vida cristiana puede ser objeto de acción de gracias, de alabanza y de súplica. “Jesucristo -se ha dicho- ha hecho, de la vida cristiana una fiesta perpetua”. La acción pascual de Cristo le da valor de fiesta.

e) La liturgia tiene así varias funciones complementarias: no debería excluirse ninguna.

1. Es expresión del acto de Cristo en su Iglesia- y expresión de los fieles.

- En la liturgia, los signos que son la Palabra, los sacramentos, el ministerio sacerdotal, significan y autentifican la acción trascendente de Dios. Y ésta da significado y valor a la vida de los fieles. Por ejemplo, los sacramentos están destinados a significar la intención de Dios sobre mi vida y la de los otros, la intención de un Dios que es el primero que gratuitamente nos alcanza hoy en nuestra situación humana para darle sentido y fuerza para construir su Iglesia. Pero eso requiere toda una manera de presentar, de celebrar y de vivir la liturgia.

- En la liturgia, los signos (cantos, gestos, aclamaciones, etc.) deberían ser la expresión de una comunidad de hombres concretos, pero también de hombres creyentes. Y esta expresión debería significar no sólo la ofrenda, sino ante todo, la acción de gracias, sin olvidar la súplica, la voluntad de conversión así como la confesión de fe en el Dios vivo y operante.

2. La liturgia es expresión de la vida y de la oración de los fieles -pero también educación de la fe-. La preocupación por una de esas funciones no debe hacer olvidar la otra. No es quimérico el caso en que se valoriza indebidamente ya sea la catequesis de la fe objetiva, en detrimento de la respuesta de los fieles, o bien la expresión humana de los participantes en detrimento de la educación de la fe.

3. La oración litúrgica es oración de personas concretas que están allí, pero en tanto que miembros de la Iglesia universal.

La celebración litúrgica anterior al Vaticano II valorizaba la dimensión universal de la celebración, que era uniforme en los signos, cualquiera fuese el tipo de asamblea.

Actualmente, algunos tendrán quizá, tendencia a no ver en la liturgia sino la expresión de un grupo de cristianos por una oración más adaptada.

Los dos aspectos deben estar presentes en la manera de vivir la liturgia; sean cuales fueren las formas concretas, presentes o venideras, autorizadas por las autoridades responsables.

4. La liturgia debe ser epifanía de la Iglesias expresión y manifestación privilegiada de la Iglesia que ella contribuye a construir. Por sus signos, por los que actúan y su conducta. Por el conjunto de la celebración, debería significar no sólo la acción de Dios y la expresión de los fieles, sino también revelar así el Misterio de la Iglesia: se trata de lograr que esa asamblea del Pueblo de Dios ordinariamente disperso, sea signo de la presencia de Dios.

II. Por una celebración litúrgica en relación con la vida

Las páginas precedentes han intentado analizar una situación, discernir las causas y los valores de la exigencia: “Liturgia-Vida”. Eso nos ha llevado a reflexionar sobre el papel y las diversas dimensiones de la liturgia.

Todo esto plantea una pregunta: en la situación actual ¿Que puede hacerse para que la celebración litúrgica esté en relación con la “vida”, para que integre, exprese la “vida” y para que la “vida” de los fieles (religiosos, novicios...) sea impregnada, transformada por la acción litúrgica?

La respuesta no es sencilla. Más que dar métodos, soluciones prefabricadas, ya que me dirijo a educadores prefiero limitarme a algunos esfuerzos -entre otros que hay que emprender o proseguir.

1. Convertir nuestras mentalidades. Hice alusión más arriba a esta conversión. La liturgia no es una cosa sencilla. Es a la vez acto de Cristo y acto de la Iglesia, recepción de los dones de Dios y expresión de las personas, oración de la Iglesia y oración de la asamblea local, etc. Pero espontáneamente o por formación, tenemos tendencia a dar privilegio a uno de los extremos de estos diversos binomios. Ahora bien, atenerse a uno sólo de esos polos, es tomar una actitud falsa y la liturgia ya no responderá a lo que debe ser.

Para la veracidad de nuestra vida litúrgica, debemos verificar nuestras mentalidades y eventualmente convertir no sólo nuestras ideas sino nuestra conducta. Prácticamente, aconsejo volver a leer por ejemplo la primera parte de este artículo o un estudio similar. Espontáneamente, cada cual se siente inmediatamente concorde con tal o cual aspecto y algo menos (quizá mucho menos) con tal otro. ¿No es esto una invitación a dirigir en adelante nuestra atención hacia ese aspecto?

2. Desarrollar en nosotros y en los otros una fe en Jesucristo que no sea exterior a nuestra existencia, sino que la informe en su realidad concreta.

Deseamos que la liturgia exprese e impregne nuestra vida cotidiana. Pero el verdadero problema ¿no es quizá que la fe debe estar en el corazón y no más o menos al margen de nuestra existencia? Lo que buscamos en la liturgia, en nuestra reflexión o en nuestra actividad cotidiana, es la unidad de vida por la fe viva en Jesucristo, es una fe que de sentido, significado, fuerza y unidad a nuestra vida. Y nuestra intención adhiere así a la naturaleza misma de la Revelación: más que una verdad de salvación, verdad para nosotros, hoy; más que palabra de Dios en sí, es palabra de Dios para nosotros, palabra de Dios para el hoy de los hombres.

De aquí derivan algunas consecuencias:

La tarea de todo creyente y de todo educador de fe implica una doble fidelidad: buscar comprender la Palabra de Dios recibida en la fe en el seno de la Iglesia (cf. *2 Tm* 3,16-17) y buscar percibir su significado para nosotros, para los hombres de hoy; o bien en una función inversa, acoger en su densidad los problemas de los hombres y buscar la luz en la Palabra de Dios en el seno de la Iglesia.

Esta unidad “Fe-Vida” es obra de toda una existencia y de toda una educación. La vida litúrgica puede y debe contribuir a realizarla, pero no puede bastar: la oración el estudio, la revisión de vida, el apostolado, tienen su papel que realizar.

En efecto, la manera de dar la enseñanza doctrinal puede o no favorecer una vida litúrgica verdadera, reducir o acentuar el *hiatus* entre la liturgia y la vida cotidiana. Séame permitido hacer algunas breves precisiones sobre este tema.

Conocemos la importancia que dan los jóvenes al testimonio de los educadores. Como lo dice Dom Grammont: “Tan importante como la *cosa* que se transmite es el *acto* por el que se la recibe y se la transmite. Hay que transmitirla como algo que se ha recibido en su vida, algo que se ha vivido... Debemos vivir lo que recibimos para transmitirlo”. Los novicios esperan de sus educadores y educadoras el testimonio de una vida unificada en la fe, de una vida cuya fuente y cumbre sea la liturgia, sin que por eso se disimulen nuestras dificultades, nuestras búsquedas para alcanzar esa unidad.

Por otra parte, en lo que atañe a la vida litúrgica de los seminaristas -que se me disculpe este testimonio- como responsable de esa vida litúrgica, espero mucho de mis cohermanos. Del profesor de Sagrada Escritura, por ejemplo, espero, entre otras cosas, que a través de los diferentes géneros literarios me haga escuchar a Dios que habla y cuya Palabra es activa para quien la acoge (*Hb* 4,12; *Rm* 1,16). De aquel que habla del Misterio cristiano, espero por ejemplo que haga descubrir al Dios vivo y operante en la historia, discernir y acoger el designio para el cual Dios llama y que quiere realizar por nosotros y con nosotros para su gloria (*Ef* 1), me agrada también que haga notar cómo el significado de nuestro designio humano, de nuestras aspiraciones humanas de hoy, es asumido, transformado por la fe. En cuanto al que “enseña los Sacramentos”, deseo que *no* materialice lo que es dinamismo: dinamismo de las personas implicadas, dinamismo de los signos de la Alianza; dinamismo de la gracia que impulsa a traducir en lo cotidiano la vida de la Alianza; me agrada encontrar en él no un profesor, sino un iniciador, un mistagogo... Y se por experiencia que tal manera de enseñar sitúa el ser y el obrar en una relación viva con Dios, con la Iglesia, con los demás y con el mundo. Así se favorece la iniciación a la vida litúrgica.

3. Aprender a traducir la vida y el apostolado al lenguaje cultural, litúrgico, y las celebraciones litúrgicas al lenguaje de los acontecimientos.

Siempre habrá, por cierto, entre el mundo de la liturgia y el mundo de nuestras actividades cotidianas, una cierta discontinuidad, incluso una cierta ruptura. Pero hay también una profunda homogeneidad, por lo menos, en el sentido de que la celebración litúrgica trata de expresar y renovar la orientación y el dinamismo de nuestra existencia humana en Jesucristo, y esto en la Iglesia, hoy. Más adelante volveré sobre esta homogeneidad profunda.

Pero a este respecto cabe señalar un hecho iluminador. La Escritura y el Vaticano II hablan de las actividades del cristiano o del apostolado en lenguaje “litúrgico” (M.V.P 2; L.G. 10,34; A.L. 3 y 4 etc.); y de la vida litúrgica en lenguaje de acción y acontecimiento. Tal género de lenguaje es significativo. Nos invita a pensar, a mirar y a vivir nuestra vida cotidiana en una perspectiva “litúrgica” de ofrenda espiritual, de acción de gracias, de profesión de fe... y a vivir la liturgia como una acción personal y comunitaria, como un acontecimiento: hoy, estamos insertados en esta acción puesto que ella quiere significar y realizar un encuentro, una comunión entre Dios y nosotros, según el objetivo de nuestro sacrificio espiritual.

Lo que se ha dicho hasta ahora puede parecer alejado de nuestro tema, pero pienso que esta conversión de mentalidades y esta educación de la mirada contribuyen en alto grado a hacernos vivir la liturgia en el verdadero nivel: no el de los hechos superficiales, *sino* el de nuestra existencia. Sin embargo, no hay que olvidar la celebración en sí.

4. Saber elegir, dentro de las opciones posibles, la celebración litúrgica más adaptada.

Uno de los aspectos de la reforma consiste en ofrecer una cierta posibilidad de elección (lecturas, oraciones, plegarias eucarísticas, lugar, etc.). Esto permite una adaptación más real a

las diversas situaciones y una “personalización” de la liturgia, porque la elección supone una deliberación responsable, una confrontación entre la “vida” y la celebración.

Además, es preciso conocer esas posibilidades y saber emplearlas con buen sentido. Es de incumbencia de los responsables de la vida litúrgica reflexionar sobre todo eso, sin olvidar la necesidad de nuestras comunidades de celebrar según ritmos y estilos diferentes.

5. Tender hacia la realización de una asamblea celebrante.

Tal es sin duda el deseo y el esfuerzo de muchas comunidades; y desde acá algunos años se ha realizado un gran progreso respecto a una participación activa, consciente, comunitaria. He hablado en otra parte de algunas de las condiciones necesarias para esta realización. Quisiera añadir algunas palabras:

A. La liturgia es un hecho de personas en acto de celebración.

Sea cual fuere la calidad de los signos litúrgicos, de los textos, de los símbolos, todo permanece muerto si las personas no están en acto de celebración. Hemos sido quizá testigos de algunas fiestas en ciertas familias, por ejemplo: familias desunidas: se respetaban todos los ritos (regalos, vestidos de fiesta, cumplidos, etc.); pero todo eso estaba terriblemente muerto, vacío. Lo que faltaban no eran los ritos (incluso se habían ofrecido quizá regalos muy hermosos) sino las personas: estaban allí, pero no habitaban los ritos, no los hacían vivir; por tanto, no había fiesta, no había celebración, no había vida. Lo mismo en la liturgia. Todos tenemos por el contrario, la experiencia de celebraciones litúrgicas en que las personas están presentes a sí mismas, a Dios, a los demás, en las que los ritos (cantos, gestos, símbolos...) están como re-inventados desde el interior y devienen verdad y vida, hoy, en la asamblea. Recuerdo a una religiosa que leía la Epístola: sin ningún artificio de voz, sobriamente, discretamente, hacia oír más aún, penetrar la Palabra en nosotros; viviendo la Palabra, ella daba vida a la Palabra. Eso es irremplazable.

B. Crear una comunión

Lo que más o menos se espera de una celebración litúrgica, es que sea expresión y creación de una comunidad, de una comunión humana y de una comunión en Jesucristo, lo que concuerda con las aspiraciones contemporáneas.

Por eso parece muy útil dar una gran importancia a todo lo que establece comunicación entre las personas (Dios, el sacerdote, la coral, la asamblea...) por ej. diálogos, gestos...

Pero, en esta perspectiva, hay otras condiciones que favorecen esta comunión. Para formar parte de una asamblea, para sentirse parte activa de todo lo que hace es necesario ser reconocido por otro con todo lo que se es. Cuántos jóvenes, cuántos obreros, por ejemplo, declaran sentirse extranjeros en la liturgia: en razón del vocabulario, del tono del comentador, del lugar, pero también y sobre todo en razón de la conducta (indiferencia, o una “cierta” mirada) de los adultos. No puede decirse que en nuestras comunidades, hayamos hecho siempre ese esfuerzo, interior y exterior, de acogida verdadera y fraternal con respecto a cada una de las hermanas, como Cristo lo hace con nosotros (*Rm 15,7*).

De igual modo, para la verdad de una asamblea celebrante, conviene tomar juntos conciencia de lo que une a los miembros, por ejemplo, lazos humanos, la misma responsabilidad, la misma vocación y en el centro de todo eso, la presencia operante de Jesucristo Salvador. Pero esto nos lleva a otro aspecto.

C. Discernir y hacer percibir cómo y a qué nivel nuestra vida es alcanzada por la Palabra y los sacramentos y expresada en el conjunto de la celebración.

Todo lo que he dicho hasta ahora ilustra este punto y me permite ser breve. La Palabra y la acción de Dios en la liturgia no atañen directamente a los hechos concretos, sino a la situación humana de los creyentes, manifestada por esos hechos: situación de pecado, de esperanza, de dignidad humana despreciada, etc. Atañen a nuestra existencia humana en toda su dimensión, es decir, a nuestra existencia en Cristo. Pan para la vida del mundo, el pan de la Palabra y el Pan Eucarístico no pertenecen a mi historia independientemente de la historia del mundo en el que estoy comprometido. En fin, sólo son eficaces por medio de una fe viva que los acoge profundamente.

Todo nuestro esfuerzo debe pues tratar de discernir ese significado de la Palabra de Dios para nosotros y de comprender cómo nos conduce a celebrar la Eucaristía. Esto es la obra de la preparación a la misa y más especialmente de la homilía.

Por otra parte, lo que llevamos a la liturgia, más que hechos, son personas señaladas por esos mismos hechos de vida y que marchan por su existencia cristiana en el seno de un mundo del que se sienten y se quieren solidarias.

Por cierto, muchas oraciones son pobres de expresión. Pero también aquí, en muchos casos, habrá que re-inventarlas desde el interior, para dar a sus palabras toda la verdad que hay. A menudo su rostro se rejuvenece cuando se hace la pregunta: “¿cuál es la necesidad que hizo surgir esta oración?”. Y a menudo nos encontramos asombrosamente cerca de esa necesidad, de esa actitud fundamental, incluso si las palabras y el estilo no son de ningún modo los nuestros, lo que nos hace desear una posibilidad de nuevas creaciones.

Sea lo que fuere de las futuras reformas y cualesquiera sean los límites de este artículo, hay una actitud que parece fundamental para quien quiere que haya un lazo entre liturgia y vida. Reproduzco la fórmula del P. Morlot, animador regional de pastoral litúrgica.

D. “Pasar de lo vivido a lo consciente, y de lo consciente a lo celebrado”.

En nuestra vida, corremos el riesgo permanente de establecer dominios más o menos delimitados: dominio de la vida apostólica, dominio de la vida común, dominio de la vida de oración, etc.: sin embargo, se trata de la misma existencia cristiana, del mismo ministerio, que está en el centro de esa existencia.

“¿Acaso no es un único Misterio de Pascua el que se *vive* en la vida cotidiana, es *conocido* por la Palabra y se *celebra* por la Eucaristía?” (P. Morlot - *Maison Dieu* n° 95). Un sólo Misterio, según tres dimensiones complementarias.

Lo que puede celebrarse, es el misterio vivido en nuestras actividades cotidianas. Carente de densidad humana, carente de presencia de la fe en lo vivido, la liturgia celebrada sólo puede parecer extraña a la vida. Pero lo que se vive en la fe puede ser celebrado en la fe.

Tomamos conciencia de lo que vivimos cotidianamente a la luz de la Palabra, sea por la reflexión, la oración, la revisión de vida, la participación del Evangelio, el retiro, o en la liturgia de la Palabra o el oficio. La Palabra no hace que exista lo vivido, pero ella nos revela sus dimensiones, su significado, su orientación. Y en esta toma de conciencia se obra algo nuevo: nos posesionamos de lo que somos y si recibimos la Palabra, se obra ya en nosotros una transformación que nos modela según esa Palabra.

Pero esos dos tiempos de la actividad existencial encuentran su expresión en la celebración litúrgica, sobre todo en la celebración eucarística: acción de gracias, ofrenda, súplica. Con una intensidad nueva, debida a la presencia de la comunidad en fiesta, a la Palabra auténtica de Dios y a la acción de Cristo presente y operante, nuestra toma de conciencia alcanza una nueva

dimensión en la fe, la esperanza y el amor: somos Ser -en- Cristo, ser-en-la Iglesia, en el corazón del mundo. Y todo eso es fuente de acción de gracias, de ofrenda, de súplica, por Cristo, con Él y en Él, como es también fuente de nueva acción en nuestra vida cotidiana, tal como lo pide Vaticano II (S.L. 9, 10; A.L. 3; A.G. 39; M.V.P. 5-6; G.S. 43, etc.).